

sea perjudicando á los iniciados en las ciencias fisiológicas, voy á revelar el secreto, ó sea la fórmula sacramental, por medio de la cual la ciencia humana describe todas las funciones vitales. La locomoción, por ejemplo, es un fenómeno singular, que se realiza por efecto de una causa particular, llamada voluntad. Y así de todas las demás. Es decir, que para los fisiólogos, todas las funciones vitales no son mas que fenómenos *singulares*, que se efectúan por causas *particulares*. ¿No es verdad, mi querido maestro, que todas las funciones de la vida no son mas que cosas *muy singulares*, que tienen efecto por causas *muy particulares*? Que me diga el lector si saber esto no es lo mismo que no saber absolutamente nada.

CAMPOAMOR.

PONCE DE LEON.

LEYENDA HISTORICA.

1418.

I.

AMOR Y LEALTAD.

Principiaba Alonso V de Aragon su reinado, imitando á su buen padre en la firmeza con que empuñaba el cetro. El reino se veía alterado por las pretensiones del papa Luna, que desde Peñíscola, como pudiera desde el Vaticano, quería imponer su supremo poder al orbe católico. En Cataluña la nobleza se levantaba, y el vizconde Guillen de Narbona se declaraba contra el rey de Aragon. En Córcega y Sicilia tambien el partido de este monarca tenia que luchar para continuar su dominio.

En todos los siglos la fuerza ha tenido que apoyarse en el talento; ha tenido que contar con la diplomacia.

Alonso fué muy afortunado en todas sus negociaciones, gracias al tacto de su consejero y ministro Ponce de Leon, que reunia al valor del guerrero la prudencia del hombre de Estado. Educado por su familia, que era de las mas nobles del reino, como convenia á un caballero en aquellos tiempos, pasó su infancia en el alcázar de los reyes de Aragon, compartiendo los juegos y entretenimientos del príncipe Alonso, que contaba casi su misma edad. El cariño que se desarrolla en esta época de la vida, casi nunca se olvida. Alonso rey, llamó á su lado á su amigo Ponce de Leon. Llevado al puesto que ocupaba por su nacimiento y su talento, jamás desmintió con ningún hecho el ser digno de la completa confianza de su señor. De bella presencia, afable, discreto y lleno de bondad para todo el mundo, el joven ministro ocupaba su elevado puesto con general satisfaccion, sin embargo de que secretamente germinaba la envidia entre algunos individuos de la alta nobleza, no por las distinciones que se le prodigaban, sino por el sobresaliente mérito que le hacia acreedor á ellas. Con tales circunstancias, parecia que nada habia de disputar el favor de que gozaba; pero la fortuna vende muy caros sus favores. A pesar de sus bellas cualidades y de sus ventajas físicas y morales que en otra esfera hubieran bastado para hacerle feliz, en su ele-

vada posicion estas mismas recomendables prendas habian de ser causa de sus desventuras.

La joven y tierna doña María de Aragon, hermana de Alonso, veia todos los dias al ministro, ya cuando estaba en la cámara del rey, ó bien cuando pasaba á la suya á cumplimentarla... La infanta doña María de Aragon no cedía en hermosura á ninguna dama de la corte, y Ponce de Leon, que habia hecho enfermar de amor á algunas de estas, fué objeto para doña María en poco tiempo, de un sentimiento mas vivo que la amistad que hasta entonces habia dispensado al favorito de su hermano. Lejos de ahogar ó combatir una inclinacion que principiaba á echar raíces en su corazon, dejó hablar sus ojos, que tradujeron con sus ardientes y apasionadas miradas, el sentimiento que dominaba su alma.

No se escaparon á la penetracion de Ponce tan significativas demostraciones; pero por mas que le halagara su vanidad semejante amor, era ante todo noble y fiel á su señora y consideraba una traicion el aceptar el amor de doña María cuando sabia los designios del rey, que la habia prometido en matrimonio á don Juan II de Castilla, en cuyas negociaciones habia él mismo intervenido como secretario y ministro de Alonso. Comprendió desde el primer momento su deber, y revistiendo su corazon con la fuerte coraza de la fidelidad, pudo mirar impassible la deslumbradora hermosura de doña María y el dulce amor que le brindaban sus bellos ojos. Penetrado, pues, de su obligacion, formó su plan de conducta para en lo sucesivo, creyendo que la frialdad con que acogiese las distinciones de la infanta, bastaria para que resintiéndose su orgullo de mujer, se curase de su pasion. Desde aquel día en cuantas ocasiones veia á doña María, á pesar de que sus ojos le decian el amor de que estaba poseida su alma, los suyos, serenos siempre, no le demostraban otra cosa que una respetuosa adhesion.

El capricho se desvanece, el amor se irrita. Doña María, aunque veia claramente el desamor de Ponce, llegó á enloquecer de tal manera, que su único y esclusivo pensamiento era poder declarar á su insensible caballero el amor que por él sentia, aumentado por la indiferencia de éste, cuyo heroismo estaba muy lejos de comprender. Decidida á romper el silencio á toda costa, solo esperaba una ocasion en que, escudada por su rango y por el respeto que merecian las damas en aquel tiempo, pudiese hacerlo de un modo que dejase á cubierto su decoro. Esta ocasion se presentó al fin, y doña María la aprovechó, porque su ansiedad era tal que no descansara hasta lograr su objeto.

Alonso, amante de la guerra por entusiasmo é inclinacion, amaba tambien la caza con delirio, y haciendo ya tiempo que no habia disfrutado de este placer, aprovechó un intervalo de calma por que pasaba su corte, para encargar á su montero mayor una gran batida. Doña María, que amaba á su hermano con predileccion, á pesar de la hora intempestiva en que se habia de verificar este ejercicio, que estaba anunciado para el amanecer, pidió acompañar al rey con algunas de sus damas, y aunque éste se opuso en un principio, vista su insistencia, accedió á su deseo. La hora llegó. Puesta en marcha la cabalgata en direccion á los cotos reales, Alonso encargó á su ministro el cuidado de su hermana, con lo que se anticipó á los deseos de ésta, que iba ya á elegirle como su caballero en la jornada.

Señalados por el montero mayor los puestos que cada uno

había de ocupar, principió la batida. Ponce de Leon colocado junto á doña María á la entrada de un bosque, vió cruzar el primer ciervo seguido de las jaurías. La infanta aprovechó los ladridos de los perros y el ronco sonido de los cuernos, para obligar á que su caballo se desbocase, y emprendiendo una veloz carrera se internase en el bosque. Ponce sacó el suyo á escape y tuvo que seguirlo mal su grado, pues demasiado comprendía la situación forzada por que estaba pasando. Tras una larga carrera, el caballo de doña María paró junto á una cristalina fuente que convidaba al reposo; su caballero, que á corta distancia esperaba sus órdenes, demostraba claramente en el desaliento de su mirada que contrastaba con la animada y alegre de doña María, lo violento de su posición.

El ameno paisaje que ante su vista tenían, hubiera inspirado el mas poético amor en el corazón de otro que no fuese Ponce de Leon; éste tuvo que apearse al manifestar doña María su deseo de descansar un momento entre aquella hermosa vegetación. Puesta una rodilla sobre el verde césped, presentó la otra como estribo para que la infanta descabalase, sin demostrar la mas leve emoción, ni aun al sentir la presión de su diminuto pié. La situación, principiaba á hacerse embarazosa para ésta, por lo que invitando á su caballero á que se sentase junto á ella, principiaron á departir sobre los accidentes de la caza, sobre la frondosidad del terreno, y sobre la poesía que éste debía inspirar á toda alma joven y entusiasta. Conducida la conversacion hábilmente á este punto, no se contuvo mas y le abordó desde luego.

—Caballero, dijo la infanta á su escudero, estoy maravillada de vuestra conducta, que no sé como calificar. Sois el mas galante caballero de la corte de mi hermano, uno de los mas poderosos ricos-hombres del reino, reunis juventud, nobleza, talento y poder, y sin embargo, no se ha dicho aun de vos que rindais homenaje al amor. ¿Me podreis explicar esto?

Ponce de Leon, guardó silencio á esta pregunta, y esperando en vano doña María su contestación, con la mirada fija en él prosiguió:

—Jamás he oído pronunciar el nombre de ninguna dama de la corte, como elegida por señora de vuestros pensamientos.

Otra pausa por parte de la infanta, esperando su respuesta. Ponce permanecía callado. La infanta continuó.

—¿De qué proviene semejante anomalía? ¿Es que no habeis encontrado ninguna dama con mérito suficiente, que ya hiciere digna de vuestros homenajes?.... Imposible me parece creer esto con vuestras cualidades. Tal vez habeis apurado alguna inmensa decepción, y herido vuestro corazón por la ingratitud, conserva aun el resentimiento por todo el sexo. ¿Habeis jurado odio á las mujeres?

Al interrogar doña María á Ponce de este modo, tenía sus ojos fijos en él como procurando leer con sus miradas el íntimo pensamiento de aquel hombre, para ella incomprendible. Su impaciencia, demostrada en el vivo movimiento con que hería el césped con su lindo pié, llegó á su colmo convirtiéndose en irritación al ver el silencio de Ponce. Fuertemente herida en su amor propio, apeló el sarcasmo para obligarle á que hablase.

—Dispensadme las curiosas preguntas que os he dirigido, pero tal vez pertenezcais á esa clase de hombres que no tie-

nen mas pasión que quererse á sí mismos, á esos que cifran todos sus goces en la idolatría de ellos solos.

A tan amargo reproche, Ponce, pálido y conmovido contestó con tono respetuoso:

—Señora, en el elevado puesto que debo, no á mi mérito, sino á la bondad del rey mi señor, sacrifico los sentimientos de mi corazón á los deberes de mi cargo. Será una preocupación, pero yo así lo comprendo, debo conservar la libertad de espíritu necesaria, que consagrado á la dulzura que producen las tiernas afecciones de dos corazones que se aman, tenía que perder insensiblemente. El amor impone leyes que tendría que cumplir, como las cumple todo caballero; y yo me debo á mi patria y á mi rey, que me distingue con una inmerecida confianza. El amor y los negocios de Estado son incompatibles, y yo estoy consagrado á estos desde antes que conociera que tenía corazón para amar.

—Creo, respondió doña María, que no es esa vuestra mejor excusa. Vuestros instantes son preciosos, convengo en ello, no os queda tiempo para correr detrás de la felicidad, pero si esta viniese á vuestro encuentro, ¿qué haríais? Si hubieseis interesado el corazón de una dama de alta posición, de cuya conquista se enorgullecería un príncipe, que con sus miradas os dijese á toda hora «yo os amo» ¿por qué no comprender este lenguaje?

—Señora, repuso Ponce; si mi corazón no osa comprender tan dulce lenguaje, es porque no se considera digno de tan alto favor.

—Vuestra duda, caballero, significa que desdenais ese amor ó no creéis en su ternura; pero debeis tener presente que su nacimiento, su rango, su posición, le imponen el deber de amar en silencio, y que sin embargo, ella ha abjurado de ese deber, lo ha sacrificado todo al objeto de su amor.

Doña María pronunció estas palabras con tan marcada expresión de amor, que claramente indicaba ser ella la dama que amaba á Ponce. Este veía una felicidad cuyos peligros conocía y pretendía evitar; dirigióle algunas palabras sin sentido ni coherencia, que lo mismo se podían tomar por un exceso de júbilo que por un anonadamiento de terror. Sin embargo, dominando en él el principio de nobleza que le era característico, desechó las dulces ilusiones que un momento de fascinación le habían hecho concebir, y no vió en doña María la hermosa dama que le amaba con toda la fuerza de su alma y á la que tan dispuesto se hallaba á amar; sino á la hermana de Alonso V, rey de Aragón, prometida esposa del de Castilla. Revestido otra vez de respetuosa atención dijo á doña María con acento conmovido:

—Señora, bendita seais una y mil veces por el bien que me habeis hecho; mas yo os conjuro en nombre del interés que me manifestais, que alejéis de mí una felicidad que envidiarían los ángeles; esa dicha no se ha hecho para mí. El rey mi señor, que Dios guarde, me ha colmado de tantas bondades, que aun abrigaría la halagüeña esperanza de obtener tan supremo bien, sino estuviese enterado de que tiene prometida su hermana á su primo el rey de Castilla. Yo no puedo ignorar, señora, esta circunstancia que se interpone entre mi felicidad, pues yo mismo he mediado en esas negociaciones y sé el estado en que se encuentran. Este es, señora, el motivo por el cual, por mas que en mi corazón haya un germen de amor hacia vos, no como la primera dama de la corte en posición, sino en hermosura, he

AÑO XXII. 33

SEGUNDA SERIE.—1864.

de ahogar ese sentimiento, pues soy ante todo noble y fiel á mi señor.

Doña María de Aragon no pudo reprimir un movimiento de despecho. En su lógica de mujer enamorada, se creía con derecho á disponer de su corazón y de su mano, como una simple villana. Mas en su delirio olvidaba que las que nacen en las gradas de un trono, son casi siempre razones ó recursos de que la diplomacia echa mano para equilibrar la política de dos naciones.

—Antes morir, exclamaba sollozando de pena, que acceder á semejante union. Mi primo de Castilla, al que no conozco, un hombre afeminado, incapaz de amar á ninguna mujer, yo no le amaré nunca.

—Señora, la razon de Estado....

—¡La razon de Estado!..... interrumpió doña María, la razon de Estado soy yo misma, y la felicidad para mí solo es vuestro amor. Y sabedlo, caballero, una mujer que ama de veras, no cede sin lucha; sí, lucharé contra mi hermano, contra vos, contra el mundo entero. El amor hace á veces milagros y mi proyecto es elevaros hasta mí, para que mi hermano consienta en mi felicidad.....

Estas palabras fueron pronunciadas con tal energía, que las lágrimas que principiaban á empañar los hermosos ojos de doña María, las secaron los torrentes de fuego que el entusiasmo que en ellos se reflejaba los hacían despedir. Ponce de Leon, ante un amor que desbordándose cual torrente amenazaba devastarlo todo, solo pudo pronunciar palabras de agradecimiento.

—Señora, la alegría me aterra tanto como el llanto.....

No puedo continuar. La caza había terminado, y las trompas que resonaban en el bosque á corta distancia, tocaban á replegar. A pesar de sus reticentes notas, no habían podido cortar en su tiempo el idilio de amor que se representaba entre aquellos dos seres en la espesura de un bosque. Doña María recobró su caballo, y entonces no fué la rodilla de Ponce la que le sirvió de estribo, sino su mano despojada del guante de gamuza que la cubría, tocó aquel pequeño y delicioso pie, que bien hubiera podido servir de modelo á Fidias ó Praxiteles.

Reunida de nuevo la comitiva, regresó á Zaragoza, notándose en los semblantes de dos de los principales personajes distintos aspectos. Doña María iba risueña, y en Ponce se veía aun un resto de terror, que al meditar su posición no podía menos de sentir. Ponce de Leon estaba verdaderamente espantado de la felicidad que se le ofrecía. Veía un amor ardiente, apasionado, celoso, y no podía corresponder á ese amor, porque á pesar de la magnífica hermosura de doña María, que causaba la admiración de todos, consultaba su corazón y no encontraba en él, ni el principio del amor que recíprocamente exigía doña María. Para él solo era esta mujer que tanto le amaba, la prometida esposa del rey de Castilla y la hermana del de Aragon, al que reverenciaba con el culto idólatra de un caballero de aquellos tiempos. Doña María no tenía ni aun la ventaja de la hermosura para Ponce, y sin embargo, éste tenía que aparentar que la amaba por no provocar su exasperación. Su posición crítica le tenía lleno de angustias. Obligado á hacer la corte á doña María por no escitar su enojo contra el rey, procuraba guardar con éste aun mayores atenciones, para tenerlo propicio en un caso extremo. Todo su conato estaba puesto en activar el casamiento de doña María con el rey de Castilla,

que tuvo que suspenderse con motivo del luto que éste llevaba por la reciente muerte de su madre doña Catalina de Lancaster.

Tal era la situación complicada de nuestros personajes, cuando un accidente inesperado vino á hacer variar por completo la marcha de los sucesos.

II.

INÉS DE MONTEAGUDO.

Uno de los días de gozo y de alegría que antiguamente celebraba la ciudad de Zaragoza, era indudablemente el aniversario de la espulsión de los moros y toma de la ciudad. El antiguo templo de Nuestra Señora del Pilar, que aun en la época de la dominación árabe estaba consagrado al culto cristiano, era el destinado para rendir al Todopoderoso las mas fervientes gracias por tan memorable hecho. La corte participaba también de esta función, á la que contribuía á dar mas realce asistiendo á los Divinos Oficios. Grandes y pequeños, ricos y pobres, todos dirigían sus plegarias á Dios, llenando las estensas naves de la iglesia. El fervor religioso de aquel tiempo era natural, nacido del corazón é hijo de la sencillez de costumbres y de la verdadera piedad que profesaba el pueblo.

Alonso, seguido de su brillante corte, ocupaba un estrado que se había levantado en un sitio preferente, inmediato al de los obispos y la clerecía. Ponce de Leon, su ministro y favorito, le acompañaba como en todas las solemnidades, distinguiéndose mas que por estar cerca del monarca, en su afable y hermosa presencia, en la riqueza de su traje que no le bastaba á cubrir el blanco manto de la militar orden de Montesa, de la que era uno de sus principales comandadores.

Su ojo observador dirigiéndose por todo el ámbito del templo distinguió en medio de la nave y entre las mas nobles damas de la corte, á una hermosa joven que para él era completamente desconocida. Estranjera en la corte Inés de Monteagudo, aunque nacida en España, había sido educada en Francia. Su belleza, á mas de ese natural encanto de las españolas, había adquirido la dulce transparencia, la morvidez de los contornos peculiares á las francesas. Inés era la personificación de lo bello, lo sublime, lo ideal de la fantasía árabe; cuyos voluptuosos ensueños forja en sus imaginaciones los quiméricos encantos de las huris que les promete su profeta. Su padre, el conde de Monteagudo, había pasado largos años en la corte de Francia, en calidad de embajador del rey de Aragon; mas un día, sintiendo que la vejez hacía presa de su vida, pidió su relevo, á fin de consagrar lo que le quedaba de existencia al reposo y á la tranquilidad, dedicando sus últimos días á recibir los cuidados de su querida hija, su solo amor en la tierra y la alegría de su ancianidad. Todo el tiempo que duró la función, estuvo Ponce de Leon como en éxtasis contemplando á la bella desconocida. Sintió apoderarse de su corazón un vértigo que á pesar de hacerle sufrir le causaba una felicidad inesplicable. El, que ante la magnífica hermosura de doña María de Aragon, que le amaba con toda su alma, había permanecido impassible, no podía explicarse aquel súbito desvanecimiento que le causara la vista de Inés. Si hay seres á quien Dios ha destinado á labrar la felicidad de otro

ser, y á los que el vulgo de nuestros días llama la media naranja, Inés de Monteagudo lo era de Ponce de Leon. La insistencia con que tenía fijos en ella los ojos, despertaron su curiosidad, y cuando supo quien era el caballero que así le indicaba su simpatía, no pudo menos de serle agradable esta distincion de un personaje, al que sin conocer, profesaba grande admiracion solo por la celebridad de su nombre. Ponce, cuyo corazon vírgen aun de todo sentimiento amoroso, sintió una mezcla de alegría y de terror al apercibirse que insensiblemente la bella desconocida iba adquiriendo un fuerte dominio en su pecho, olvidóse de su fingido amor á la infanta, olvidóse de su comprometida situacion para no pensar mas que en la hermosa desconocida, cuya sola presencia habia bastado para hacer de él otro hombre. Concluyóse la funcion, y Ponce llamando á su paje favorito, que le seguia á todas partes, le dió la comision de averiguar el nombre de la dama desconocida y punto donde habitaba.

A partir de este día, Ponce de Leon contó en su vida á mas de una nueva dicha, un nuevo temor; un nuevo motivo de intranquilidad, se agregó al cuidado de que el rey se enterase de sus secretas relaciones con su hermana, que nada tenían para él de culpables, la inquietud de idéntica naturaleza de que la infanta descubriese su amor por Inés, y que en su resentimiento le procurase la desgracia del rey. Mas cuando se ama verdaderamente, se arrostran todos los peligros con frente serena y espíritu tranquilo. Comprendiendo lo delicado de su posicion, que le exigia grande circunspeccion en sus actos para poder declarar su amor á la bella Inés, se vió obligado á emplear todos los recursos que su astucia le sugeria. Al mismo tiempo que hacia conocer su amor á la hija del conde de Monteagudo, redoblaba con doña María sus obsequios acudiendo con mayor puntualidad diariamente á su cámara á hacerla la corte con la asiduidad de un verdadero enamorado. Para establecer los preliminares de su secreto amor por Inés, tuvo que valerse de un intermediario, que lo fué su paje favorito iniciado en el principio de este amor, al que dió la espinosa comision de enterar á Inés de su fingido amor por doña María, de las causas que le motivaron y de las razones que habia para mantener oculto su verdadero amor, hasta que desapareciesen los obstáculos con la boda de doña María con el rey de Castilla, la que trabajaba activamente para fijar en un plazo muy corto. Inés comprendió la gravedad de las circunstancias y aceptó la situacion con todos sus peligros, orgullosa del amor que inspirara á tan distinguido caballero, que la preferia á una hermana del rey.

Ponce de Leon fué feliz. Veia su verdadero amor correspondido, y aunque lo tuviese que ocultar, repartia su tiempo entre la ternura que gozaba al lado de Inés y la que se veia obligado á mostrar á doña María. Como las dichas de este mundo son tan breves, la felicidad que disfrutaba Inés al lado de su querido padre, compartiendo su amor con él y con el enamorado Ponce, bien pronto la terminó un imprevisto suceso que vino á sumirla en el mayor desconsuelo. El conde de Monteagudo, cuyo fin nadie podia presentir tan próximo, murió súbitamente. La jóven huérfana, entregada á la mayor desesperacion, hizo temer á su enamorado caballero mas de una vez por su vida. Los funerales del conde se celebraron con gran pompa, é Inés, cuyo inmenso dolor la tenia inconsolable, pasó los primeros meses del luto en el mas absoluto retiro, teniendo Ponce que renunciar á

verla en todo este tiempo. Sin embargo, el amor por su caballero no disminuyó por eso, antes al contrario, viéndose completamente sola en el mundo, reconcentró en él todo el amor que destinaba á un padre por el que tantas lágrimas habia derramado. Inés amó y trató desde entonces á Ponce como si fuera ya su esposo, que la voluntad de su padre le hubiese impuesto en sus últimos momentos. La felicidad de estos dos seres que habian nacido para amarse, llegó á su apogeo una vez el himeneo les unió con sus dulces cadenas. Esposo feliz, pero en secreto, Ponce se entregó á todas las delicias que su reciente enlace le procuraba en los brazos de su adorada Inés, continuando empero su papel de enamorado con doña María, que tuvo que acceder al fin, gracias á la inflexibilidad de su hermano y á las razones que éste le alegó, á su matrimonio con el rey de Castilla, si bien alimentando la esperanza de poder evadirse y entregarse por completo al amor de Ponce, al que cada día amaba con mayor delirio.

Apenas dos meses que el caballero disfrutaba de una felicidad en parte doble, cuando un acontecimiento nefasto vino á turbar su dulce calma. El conde de Ayerbe, uno de los mas grandes vasallos de la corona, mal aconsejado por sus turbulentos amigos, consumó uno de esos actos de felonía de que ofrece tan frecuentes ejemplos la época del feudalismo. Viejo por su ambicion y por su orgullo, habia concluido un tratado secreto con el rey de Granada, al que prestó socorros en la guerra que éste sostenia contra el de Castilla, comprometiéndose aquél por su parte á auxiliar al conde cuando realizara su proyecto, que era negar la pleitesía al rey de Aragon y declararse independiente. Conocedor Alonso de esta doble traicion, aprestó su ejército y marchó contra su rebelde vasallo. Ponce de Leon tuvo que separarse de los brazos de su esposa y seguir al rey. Dos mujeres sintieron su partida y las dos derramaron igualmente sinceras lágrimas; Inés de Monteagudo se separaba de su amado esposo, y doña María de Aragon, perdia á su Ponce, del que recibia cada día nuevas pruebas de amor.

Colocado en tan critica posicion, Ponce no podia dividir su corazon en dos partes iguales: por un lado la infanta exigia de él un amor inmenso como el que ella sentia, y por otra la bella Inés se presentó ante sus ojos con tan gran dolor por la separacion de su querido esposo, que el sentimiento natural de éste, fué atribuido por doña María como prueba de inmenso amor.

Apenas llegó Alonso á la vista de Ayerbe, puso sitio á la villa. Despues de tres vigorosos asaltos, rechazados con tanto orden como valor, la plaza se encontraba en un estado en el que no podia sostenerse. Una parte principal de los habitantes, entraron en tratos para entregarse, esceptuando el conde, que rehusó todo género de capitulacion y pudo sostenerse, gracias al esfuerzo de los pocos soldados que le quedaban. Sin embargo, los que optaban por la paz, estipularon una capitulacion secreta que tuvo seguido efecto, abriendo una noche las puertas al ejército del rey de Aragon, que entró en la villa sin encontrar un solo enemigo que se le opusiera. Los principales partidarios de la rebelion fueron pasados á cuchillo, y el conde de Ayerbe decapitado con grande aparato á la vista del ejército. Tomada así la villa y reducida de nuevo á la obediencia, Alonso dió su gobierno á uno de sus mejores capitanes, perteneciente á la mas antigua nobleza del reino y fiel cual otro Guzman.

Después su primer cuidado fué participar á su hermana tan importante acontecimiento, para lo cual encargó á su favorito mandase uno de sus caballeros á Zaragoza. Ponce, impaciente por volver á ver á su esposa, se ofreció él mismo para desempeñar tan alta misión. El rey creyendo celo de su favorito lo que solo era conveniencia, le concedió lo que deseaba con la mayor alegría. Partió Ponce de la villa acompañado de doce caballeros, que escogió como escolta de su embajada. Llegado á Zaragoza entró en la ciudad de noche, para eludir la obligación de ir á palacio en derecha á cumplir su cometido, y en vez de correr al lado de la infanta que deploraba su ausencia, voló á los brazos de su querida esposa que suspiraba por su regreso. No diremos la alegría con que fué recibido, ni las delicias que reemplazaron los llantos de Inés; solo sí que durante dos días y tres noches, se olvidó al lado de su bella compañera del objeto que le traía á la corte antes que regresase el rey. Había encargado á los caballeros que le acompañaron, que guardasen el mas riguroso incógnito hasta que él hiciese los preparativos para presentarse dignamente á la infanta. Nadie dió crédito á esto, sabían demasiado el auge con que vivía Ponce de Leon, y era además conocido por algunos de los caballeros que le acompañaban, su matrimonio secreto con la condesita de Monteagudo, para que no se atribuyera á esta causa todo retardo en la presentación. Así como entre los doce discípulos de Jesucristo hubo un Judas, del mismo modo entre los doce caballeros de su escolta, hubo un felón que, faltando á lo que había prometido á su superior, se presentara en público y anunciara la llegada de Ponce y su embajada. Estas noticias corriendo de boca en boca, llegaron á oídos de doña María con la rapidez con que se difunde una novedad. La infanta mandó se le presentara el caballero, y después que la hubo enterado de los triunfos obtenidos por las armas de su hermano, le contó el matrimonio secreto que Ponce había contraído, y por el que demoraba de tal modo la presentación oficial. A tal revelación doña María sintió tan súbito dolor, que hubiese preferido se abriese la tierra y la tragase en su seno. A pesar de todos sus esfuerzos por aparecer serena, solo tuvo el suficiente espíritu para despedir al denunciador, recomendándole la mayor discreción. Presa de cólera y de dolor, recorrió como una loca sus anchas cámaras con todos los trasportes de la mas vehemente desesperación. Dando por fin libre curso á la indignación, el furor y las lágrimas que fermentaban en su pecho, prorumpió en los mas denigrantes epítetos contra su infiel amante, que el vocabulario de un amor ultrajado puede proporcionar. El golpe terrible y afrentoso que acababa de recibir, operó en ella un cambio tal, que á pesar de ser Ponce el objeto mas querido de su corazón, sintió por él desde aquel momento el odio mas implacable. El llanto de doña María comprimido en un principio, fué desbordándose, y muy pronto sus quejas é imprecaciones llegaron á ser percibidas por su servidumbre. Mientras ella lloraba con el mayor dolor, afectada por una convulsión nerviosa y en el estado de postración moral en que se encontraba, no pudo evitar que una de sus damas diese aviso de la alteración en que se encontraba su señora al gran senescal de palacio don Fadrique de Peralta, que penetró en la cámara de doña María para verla llorar con la mayor amargura. A tal aspecto, este viejo servidor no pudo contener una lágrima, y preguntar con el mayor cariño á la

infanta la causa de su desesperación. Doña María, que se encontraba en una de aquellas situaciones en que el corazón lleno de amargura anhela confiar sus penas al primero que le muestre compasión, hizo sollozando una extensa narración de todo lo que era, como si dijéramos la dolorosa epopeya de las penas de su alma. Nada olvidó: su simpatía por Ponce, convertida después en un amor que era su vida y que ella creía correspondido, sus ilusiones destruidas, sus esperanzas truncadas, su amor, en fin despreciado, y que este mismo desprecio había convertido en eterno odio por la traición de su infiel amante; y finalmente la firme resolución que había tomado de vengarse del traidor caballero á cualquier precio, pero de una manera pronta, segura, y sobre todo cruel, para que fuesen castigados de un golpe el traidor y su cómplice, concluyendo por pedir consejo á don Fadrique para que le dijese cual venganza adoptaría á fin de hacerlos sufrir lo que ella estaba padeciendo.

Conocedor de las consecuencias posibles del rencor femenino, y apreciador de la legítima violencia del de doña María, el viejo cortesano procuró recurrir al antiguo arsenal de su retórica, para aplacar el furor de la infanta; mas viendo que su moral intempestiva solo servía para excitar mas los deseos de venganza de la celosa y resentida infanta, se adhirió á su propósito.

—Señora, la dijo pasando del tono suplicante al enérgico, tal ultraje no merece nunca perdón; mas cualquiera que sea vuestro justo resentimiento, tened en cuenta el atentar á la vida de Ponce de Leon, porque sería herir al rey que le quiere mucho, y de cuyos servicios no puede prescindir, y..... además, vos misma, tal vez le ameís aun....

—¿Yo amarle?.... rugió doña María, ¡ah! nadie comprenderá jamás la extensión de mi odio.

—Vuestro odio, señora, es aun amor.

Y después prosiguió á manera de consejo:

—No debemos destruir nunca la copa en que libemos el placer. Si vuestra cólera descarga únicamente sobre vuestro rival, por mas culpable que sea Ponce de Leon, al encontrarse libre verá en la misma acción de vuestra venganza el inmenso amor que ha perdido, y creedme á mí, implorará vuestro perdón..... ¡y es tan dulce el perdonar!.....

A esta idea que proporcionó algun consuelo á doña María, un rayo de esperanza brilló aun en las tinieblas de su desesperación. Perfectamente serena, aunque algo pensativa, tomó su resolución. Después de dar sus instrucciones á don Fadrique para el ceremonial de la recepción, hizo un movimiento con la mano y le despidió diciendo:

—Está bien, mañana recibiré al enviado del rey.

SALVADOR MARIA DE FABREGUES.

(Se concluid.)

M A P A H.

LEYENDA CONTEMPORANEA.

Este título no dejará de causar maravilla y asombro á los lectores: las leyendas, nos dirán tal vez con desenfado, son cuentos histórico-fabulosos, envueltos en el tupido velo de la oscuridad y el silencio de los tiempos mas remotos, ¿no es pues, un absurdo, un delirio, una contradicción palmaria,

suponer que pueda existir una leyenda contemporánea?— Así parece á primera vista, y sin embargo, padecen un lastimoso engaño los que se atienen á esta idea tan pedantesca y mezquina. Una multitud de hechos, que nuestros padres afirman haber presenciado en épocas muy modernas, ¿no merecen ocupar ya un puesto muy preferente en la BIBLIOTECA AZUL (1), ¿en esa gran coleccion de cuentos fantásticos y populares? Otros hechos, no menos extraños y peregrinos, buenamente creídos hoy por algunos sábios y muchos ignorantes, ¿no entrarán tambien, andando el tiempo, en el vasto dominio de las leyendas? Si esto es cierto, ¿qué hay de particular en que nosotros, adelantándonos un tantico á la posteridad, escribamos una leyenda contemporánea?

El docto Dom Calmet, que floreció á mediados del siglo pasado, publicó un libro, en que nos asegura que los vampiros existen, que los muertos vienen á visitar de vez en cuando á los vivos, y que los espíritus aparecen: apoya su aserto en el testimonio de obispos, arzobispos y otros prelados, todos, á su entender, muy fidedignos, y sin embargo, ¿no se considera hoy su libro como una coleccion de fábulas y cuentos, que pueden estar al lado de los de la Leyenda Dorada, de las profecías del mago Merlin, y de las nunca vistas ni soñadas empresas de los paladines de Francia? ¿No se han convertido en héroes de leyenda el célebre Cagliostro y el conde de Saint-Germain, á pesar de que pertenecen casi á nuestra época? ¿creéis por ventura que no se convertirán tambien en hermosas leyendas, nuestras mesas giratorias y los espíritus fluidos, capitaneados por Mirville, por Eliphás Lévi, por Gougenot des Mousseaux y el anglo-americano Home? Pero me juzgo ya plenamente disculpado, y persuadido de que los lectores no censurarán mas las palabras *leyenda contemporánea*, entro de lleno en mi tema, y me lanzo resuelta y atrevidamente á la palestra.

En el año de 1839, presencié París las profecías de cierto Canneau, que se daba á sí mismo el nombre de Mapah, porque le parecia tal vez muy poético, y tan alto, sonoro y significativo como el de Rocinante, que el famoso caballero de la Mancha, aplicó á su Bucéfalo. Mapah no es nombre griego ni romano, no es árabe ni hebreo, no tiene origen ni etimología, y no es mas que el producto de una invencion caprichosa, como todas las palabras consignadas en el diccionario de la lengua universal, tan próxima á realizarse, como la ciencia de lo absoluto, que buscan con ahinco los filósofos alemanes. Pero, en atencion á que los nombres no disminuyen, ni dan mas fuerza ni interés á los argumentos, y que es lo propio que uno se llame Pompeyo, Escipion, Aquiles ó Mapah, juzgo ahora mas del caso bosquejar el retrato de mi protagonista, y referir el mas místico y profético de sus discursos.

Figuraos á un hombre de aspecto majestuoso, con una barba larga y espesa, bigotes ensortijados, dos ojos muy vivos y centellantes, que tienen algo de estático, y envuelto en un gran ropon usado, que le dá el aire de un pobre dervís (2).

(1) Se le da este título, porque se ha supuesto que el color azul, propio del cielo, tiene cierta afinidad con las hadas y las sílfides, divinidades de un órden inferior, que figuran en esa GRAN BIBLIOTECA.

(2) Se da este nombre á ciertos religiosos musulmanes é indios, que viven en comunidad bajo la direccion de un superior. En cada convento ó monasterio suele haber treinta ó cuarenta dervises. Algunos de ellos atraviesan las calles mas concurridas, y piden limosna por humildad.

Tiene en su derredor una multitud de hombres barbudos y tambien estáticos, y una mujer inmóvil como una sonámbula, y profundamente dormida: este es Mapah, ser misterioso, que vive en un zaquizamí y profetiza. Sus modales son bruscos, pero tienen algo de simpático; su elocuencia es seductora, fácil, sencilla; habla con énfasis, con animacion, y llevado en alas de su entusiasmo, se inflama hasta el extremo de que una espuma blanquizca se asoma á sus labios. He aquí el mas místico y profético de sus discursos en estilo bíblico, y muy parecido á las *Palabras de un creyente*, escritas por Lamennais en el momento mas fatal de su apostasía y de sus delirios revolucionarios:

«La humanidad debia caer: su destino lo exigía, á fin de que ella misma sirviera de instrumento á su reconstitucion, y para que, pasando por todas las fases de luces y tinieblas en la grandeza y majestad, propias de su esencia, apareciesen manifestamente la grandeza y majestad de Dios.

»Y la unidad primitiva se rompió por la caída: el dolor se introdujo bajo la forma de la serpiente, y el árbol de vida se convirtió en árbol de muerte.

»Y las cosas así dispuestas, Dios dijo á la mujer: tu parirás acosada de dolores, y luego añadió: por tí quedará aplastada la cabeza de la serpiente.

»Y la mujer es la primera esclava; ella ha comprendido su mision divina, y el penoso parto ha comenzado.

»He aquí por que, desde la hora de la caída, la tarea de la humanidad no ha sido mas que una tarea de iniciacion, grande y terrible tarea! y por lo tanto todos los términos de esta iniciacion, de la cual nuestra madre comun *Eva* es el ALFA, y la otra madre *libertad* es la OMEGA, son igualmente santos y sagrados á los ojos de Dios.

»He visto un inmenso bajel con un mástil gigantesco, cuya estremidad era parecida á los panales de una colmena: y uno de los lados del bajel miraba al Occidente, el otro al Oriente.

»Y del lado del Occidente el bajel se apoyaba sobre la cumbre nebulosa de tres montañas, cuya base se perdía en un mar proceloso.

»Y cada una de estas montañas, llevaba escrito en letras de sangre su nombre: la primera se llamaba *Gólgota*; la segunda Monte *San Juan*; la tercera *Santa Elena*.

»Y en el centro del mástil gigantesco, por el lado del Occidente, estaba clavada una cruz, que tenia cinco brazos, y sobre ella espiraba una mujer.

»Y cada uno de los brazos de la cruz, sobre la cual se veía tendida, representaba una de las cinco partes del mundo: su cabeza reposaba sobre la Europa, y una nube la envolvía.

»Y del lado del bajel, que miraba al Oriente, las tinieblas no existían, y la quilla estaba detenida en el umbral de la ciudad de Dios sobre la cima de un arco triunfal, que el sol iluminaba con sus rayos.»

Lo que dice Mapah al principio, se refiere á la caída del hombre, luego califica de primera esclava á la mujer por haber dado oído á las palabras engañosas de la serpiente, y haber sido la primera que pecó. Sigue diciendo en lenguaje místico, que la mujer ha conocido su mision divina, y que ha comenzado su parto penoso, esto es, la regeneracion del humano linaje, cuyos repetidos esfuerzos para alcanzarla, no han sido mas hasta hoy que una iniciacion, tarea muy espinosa, que tiene por términos la primera y última letras

del alfabeto griego, ALFA y OMEGA, á saber, el principio y el fin de la misma regeneración. Esta doctrina, que es en su fondo la de los San-simonianos, sanciona la emancipación de la mujer, no en el sentido católico, que considera á esta como el consuelo del hombre en sus aflicciones, y como virgen pura, ó como virtuosa consorte, que disfruta en el seno de su familia derechos iguales á los de su esposo, sino en un sentido muy distinto, proclamándola instrumento único de nuestra regeneración, y tan libre como independiente: principio muy perjudicial, porque lleva al comunismo y á los absurdos mas monstruosos, confundiendo los derechos y deberes de ambos sexos.

En la visión fantástica del bajel Mapah alude oscura y confusamente al estado de Europa, á las guerras que se preparan contra el Oriente, á Jerusalén, destinada á dar fuerza y vigor á las gloriosas reminiscencias del cristianismo, y finalmente á la Francia, simbolizada por nuestro profeta en la mujer, que espira sobre la cruz, y que resucita luego esplendorosa y adornada de rayos luminosos, por haber reivindicado los franceses su libertad ultrajada, el día 29 julio de 1830.

Mapah decia confidencialmente á sus amigos y adeptos, que él era Luis XVII, y la mujer, que estaba á su lado María Antonieta, vueltos entrambos á nueva vida por una larga serie de regeneraciones. Cuando explicaba sus teorías revolucionarias y escesivamente extravagantes, decia en tono dogmático: «Serán como la última palabra de las pretensiones violentas de Cain, destinada á renovar por medio de una reacción fatal el triunfo del justo Abel.»

En todos los tiempos y en todos los países, ha habido siempre falsos profetas y vaticinadores, que se han dejado llevar de su estraviada fantasía. Pero los doctos médicos, que han escrito con mas aplomo sobre las enagenaciones mentales de distintos géneros, han observado que entre los falsos profetas políticos, que dan rienda suelta á su imaginación hasta rayar en la demencia, existen puntos de contacto, mas ó menos directos, y analogías muy inmediatas. Nuestro Mapah confirma esta observación, fruto de una larga experiencia; y nosotros, á fin de que no crean los lectores, que es aventurado nuestro aserto, vamos á probarlo.

En la revolución francesa de 1789 surgieron profetas y vaticinadores, como no lo ignoran los que han recorrido con alguna detención la historia contemporánea; pero entre su número descollaron tristemente una mujer, llamada Catalina Théot, y el fraile cartujo Dom Gerle, dignos entrambos de ocupar un puesto muy distinguido en las leyendas mas absurdas de la Edad media. Catalina se daba por inspirada, y Dom Gerle, su discípulo, mas alucinado que Tertuliano, el cual creía que Priscila era el Espíritu Santo, respetaba como oráculos las palabras de su maestra.

Estos dos visionarios exaltaron en gran manera los espíritus con sus supuestas profecías, y dieron pábulo á las acusaciones encendidas de la revolución; pero culpados de haber organizado una sociedad clandestina, cuyas tendencias y aspiraciones eran enteramente teocráticas, acabaron de profetizar y vivir en el fondo de un oscuro calabozo.

Catalina Théot, ya se creía la madre de Dios, ya Eva regenerada, y Mapah se creía Luis XVII; Catalina tuvo por discípulo y compañero á Dom Gerle, y Mapah á cierto Sobrier; Catalina y Gerle, murieron en la prisión; Mapah y Sobrier, recorriendo las calles de París en 1848, y justamente cuando

creían que había llegado el tiempo que esperaban: su muerte merece ocupar un puesto en estas páginas.

París estaba todo en combustión en el año referido; en todas las calles se veían soldados, barricadas, gran multitud de pueblo armado: socialistas, comunistas y republicanos de todos colores, se reunían deseosos de realizar sus planes, basados en la arena, y sus grandes utopías. Unos decían que acababa de renacer la libertad; otros afirmaban con mejor criterio todo lo contrario. Pero Mapah salió de su zaquizamí, y el regenerado Luis XVII se echó á la calle con su trabuco para reconquistar tal vez la corona de sus antepasados, que no habían vuelto al mundo por no haber tenido la fortuna de regenerarse como Mapah.

Sobrier recorre las calles de París, precedido de dos miserables, de dos mozos de los mas perdidos; el uno con un hacha encendida, y el otro toca un tambor. Sobrier de vez en cuando se detiene, y arenga al pueblo, pronunciando discursos incoherentes, fatídicos, y que agitan los espíritus é inflaman los ánimos. Le sigue una multitud de mujeres y hombres furiosos: le aplaude, y él repite sus arengas siempre por el mismo estilo. Grita como un poseído; descarga dos pistolas que lleva en sus manos; atraviesa montones de cadáveres.—Pero Mapah y Sobrier han desaparecido ya del mundo.

La rediviva María Antonieta, tan regenerada como nuestro Luis XVII, vivía aun en 1860 bajo la vigilancia de doctos facultativos. Esta sonámbula permanente conservaba en su desolación y viudez todo el carácter y las esteroidades de una verdadera reina desgraciada; lamentaba su suerte, y era mucha su indignación contra los que intentaban llevarla al terreno de la realidad. Murió en 1862, reina imaginaria y sonámbula.

Aquí concluye nuestra leyenda contemporánea; pero pasando ahora de una región fantástica á un examen crítico y positivo de todos los hechos que acabamos de referir, juzgamos muy del caso apuntar lo que sigue:

Los mejores médicos franceses, italianos, ingleses y alemanes, y con especialidad los que están muy versados en la cura de las enagenaciones mentales, convienen todos de consuno, en que las afecciones nerviosas y las monomanías, como las de Mapah, de su esposa, de Sobrier y de otros muchos, son con frecuencia el producto de un fuerte y prolongado sonambulismo, que se convierte paulatinamente en enfermedad crónica, y degenera en alucinaciones y éxtasis. El magnetismo animal, causa de todos estos fenómenos, puede en algunas dolencias servir de poderoso remedio; pero su abuso tiende muy directamente á exaltar la imaginación; á sacudir con violencia todo nuestro sistema nervioso, y á alterar, en mayor ó menor escala, las funciones de nuestras facultades intelectuales.

El magnetismo animal, que hoy sirve tambien de base al espiritismo moderno, es pernicioso y excesivamente ridículo, considerado bajo este punto de vista: no hace mas que renovar las supersticiones paganas mas absurdas sobre los vaticinios de los antiguos oráculos y los delirios de los neoplatónicos de la escuela de Alejandría, que convirtieron, como dice Gibbon con refinada y sana crítica, los estudios filosóficos en magia.

Dios rige al mundo con leyes inalterables y eternas; es, pues, el mayor de los absurdos, suponer que sea dable al hombre, por medio del magnetismo animal, de los espíritus

fluidos y de evocaciones supersticiosas y fantásticas lanzarse á otro mundo muy distinto del nuestro, y penetrar los arcanos de la Divinidad. ¿No es un lastimoso delirio, suponer que las mesas giratorias, y los espíritus, que escriben con mano invisible, puedan comunicarnos lo que al hombre está vedado conocer en su peregrinación en este valle de miserias?

Todas esas revelaciones, todos esos vaticinios, todas esas profecías, estarán siempre al lado de las de Catalina Théot y Dom Gerle, de Mapah y Sobrier.

Si es cierto que la gran ley del progreso repite á cada paso con voz sorda ADELANTE, podemos afirmar desde luego, que muchos varones sábios de las generaciones futuras atesorarán todos los desvaríos proféticos de nuestros visionarios, y que esta gran colección de leyendas, para nosotros contemporáneas, la presentarán á su público ilustrado como un objeto de maravilla y como una verdadera rareza, no solo por haber existido profetas tan particulares, sino también por haber encontrado sus predicciones eco y creyentes. Esta obra, en los siglos venideros, será tal vez la primera que aquellos sábios escribirán en lengua universal.

SALVADOR COSTANZO.

EL ENGAÑADOR CASTIGADO.

CUENTO INDIO.

En una ciudad á orillas del Ganges, habia en cierta época un religioso mendicante, que habia hecho públicamente voto de no hablar nunca. Un día que estaba pidiendo limosna en la puerta de un comerciante rico, la hija de éste llegó á él y ella misma le dió limosna. El mendicante, sorprendido por la hermosura de aquella joven, se dijo á sí mismo:

—Esta es la esposa que los dioses hubieran debido darme.

Retiróse turbado. Quiso alejar de su imaginación aquella idea, mas siempre volvía á presentarsele, y se dijo á sí mismo:

—Nunca entregarán esa joven á un miserable como yo; mas si pudiese llevarla al templo de Vischura, alcanzaria fácilmente de alguno de los brahmanes la ceremonia que le uniría para siempre con mi suerte.

Asegurado ya en este detestable designio, fué de nuevo á pedir limosna á la puerta del comerciante.

Este salía con su hija en aquel momento. El mendicante se puso á exclamar, á pesar de su voto:

—¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡maldición! ¡maldición!

Y se retiró.

Estimulado por la sorpresa, lo fué siguiendo el comerciante. Así que estuvieron solos, le preguntó:

—¿Por qué has faltado de esta manera á tu voto y pronunciado esas palabras de maldición?

Y el mendicante le contestó:

—Tu hija ha nacido bajo una mala estrella. Cuando se casare, tú, tu mujer y tus hijos pereceis. Así que la he visto y conocido su destino, he experimentado tal pesar (pues tu eres muy caritativo conmigo), que no he podido contener mi voz. He faltado á mi voto por amor tuyo. ¿Quiéres librarte del peligro que te amenaza? Esta noche mete á tu hija en un cajón, pon sobre él una antorcha encendida y abandónalo á la corriente del Ganges.

Asustado el comerciante, prometió cumplir este consejo; y habiendo llegado la noche, aquel padre demasiado cre-

dulo hizo llorando lo que el mendicante le habia dicho.

Entretanto, el hipócrita dijo á dos hombres de su casta que le eran muy afectos:

—Id á las orillas del Ganges y vereis flotar un gran cajón con una antorcha encendida encima. Traedlo aquí delante de la puerta del templo: yo os precederé; mas no os arriesgueis á abrir el cajón, aun cuando oigais voces que de él saldrán.

Antes que estos hombres hubiesen llegado á orillas del Ganges, hallábase allí un joven radjputh que iba á bañarse en el río. Así que vió la antorcha que brillaba en la oscuridad de la noche, mandó á sus criados que fuesen á buscar lo que allí venia flotando. ¡Cuál fué su asombro, cuando al abrir el cofre halló aquella joven admirable que todavía respiraba! Hizo encerrar en el cajón un mono salvaje, volvieron á poner la antorcha encendida y lo echaron todo al río. Volviendo la joven completamente en sí, contestó á las preguntas del radjputh, quien la volvió á llevar á casa de su padre.

Llegan entonces los dos hombres, ven la luz, se apoderan del cajón y lo presentan al mendicante, el cual se apresura á abrirlo. Al punto el mono salvaje sale furioso y salta sobre el mendicante, destrozándole con uñas y dientes las narices y orejas.

Al siguiente día por la mañana, toda la ciudad sabia el secreto de esta aventura. Todos se reían del fracaso de aquel mendicante. El infeliz padre fué, por su parte, muy afortunado; porque su querida hija se desposó muy pronto con el joven y noble radjputh.

SIXFOUR, LLAMADO EL ANTIGUO TOLON.

La rada de Tolon, una de las mas hermosas del Mediterráneo, tiene el aspecto de un espacioso puerto natural, cerrado por montes. Su estrecha entrada por Oriente, está defendida por muchas fortificaciones, y la ciudad, su puerto y arsenales, se hallan situados en el interior de esta rada, al pié de altas y desnudas colinas que se elevan al Norte. Cuando al pasar por delante de Tolon, navegamos hacia el Oeste por la pequeña rada, vemos muy pronto á la izquierda, á la orilla del mar, un poblachon llamado Seyne. Este paraje, habitado al principio por unos pocos pescadores, se fué poblando despues á espensas de muchas poblaciones vecinas, y particularmente de Sixfour, situado sobre un monte á algunas millas de distancia, en un terreno silvestre y árido.

Sixfour es considerado por los del país como el antiguo Tolon, y se han hallado varias inscripciones romanas. Mas sea de esto lo que fuere, aquel paraje presenta hoy cierto interés á causa de sus muchas ruinas, de resultas de la retirada voluntaria de sus habitantes, quienes se han acercado á la rada para disfrutar las ventajas del mar y de la cercanía de Tolon.

Desde el Seyne nos dirigimos hacia Sixfour por un camino llano al principio, pero que lentamente se pone difícil y montuoso, aunque multiplicadas rocas y una vegetación abundante y entregada á sí misma, lo hacen muy pintoresco. Muy en breve llegamos á un punto del camino, desde donde vemos del todo á Sixfour sobre el monte pedregoso por encima de verdes espesuras, con las que se mezcla el pino parasol. El camino sesga en seguida hacia el Norte, y conduce á un valle salvaje, cubierto con rocas blancas y

secas, enteramente desprovistas de vegetacion. Allí descue-lla una gran iglesia arruinada: todas las techumbres están destruidas, y lo que aun queda en pié, es de una arquitectu-
ra sencilla y del estilo ojival, peculiar de todas las regiones meridionales de Francia; la puerta del edificio fué recons-
truida con algun lujo en la época del Renacimiento. Cerca de esta ruina hay una capilla aislada que es de poco interés.

Desde este triste valle, nos dirigimos por el Mediodía há-
cia Sixfour, enteramente abandonado, á no ser por algunos infelices que viven en los restos de las casas que se están
desmoronando. Las paredes destrozadas, y no pudiendo ya
sostener los pisos, se caen unas sobre otras.

En medio de este desórden, nos sorprendemos al ver una
iglesia bastante bien conservada, y en la que en cierto dia



Una puerta de Sixfour, dibujada por Lancelot, según croquis de M. Alberto Lenoir.

del año, una ceremonia religiosa atrae á los habitantes de los contornos para venir á orar sobre las tumbas.

El sitio mas pintoresco de Sixfour es al Mediodía, y al lado opuesto de la iglesia. Despues de haber seguido por una larga calle, con ruinas por ambos lados, llegamos á una puerta que tiene un grandísimo dintel de piedra, y desde donde un hermoso espectáculo se descubre á la vista del viajero. Desde el horizonte, hasta las escarpadas rocas que las ruinas coronan, se ve una cadena de montes cortados en su base

por muchas sinuosidades, en las que penetra el mar, formando en medio de enormes y blanquecinas rocas unos pequeños puertos naturales, á los que la disposicion demasiado agreste de aquellos sitios, no permite llegar. Las gargantas de Oliioudes dominan aquel conjunto, y en primer término, la vista descansa en dos capillas abandonadas, y en las antiguas torres de fortificacion y de vigía, envueltas entre una vegetacion admirable.